



Santuario de Ntra. Sra. de Monlora, en Luna.

En los términos de la antiquísima villa de Luna, en Aragon, y sobre la cumbre de una montaña llamada *Monlora* interpretado por algunos *Monte de la Aurora*, se veneraba hasta el año de 1300 una imagen de la Virgen, en una antigua ermita, de cuya construcción no hay memoria. Aragon es el país de las apariciones: dejando al buen criterio de cada uno lo que puede haber sobre el particular, solamente diremos que según la tradición, la Santa imagen aparecióse primero á un pastor, y después al reverendo capítulo de la villa de Luna.

Consérvase en el archivo de la citada villa un escrito que nos fué facilitado, del que trasladaremos parte, y dice así:

«En esta montaña, y contigua á la citada ermita, ha habido siempre y aun se conserva una casa llamada de los *Velantes*, en la cual el vicario de Luna y el Jurado mayor de Infanzones de la misma, ponían dos ermitaños para el cuidado del santuario y obsequio de la Santa Virgen, los cuales se mantenían, ya del sobrante de las limosnas que el uno de ellos recogía por la comarca para el culto de la Virgen, y ya del producto de algunos huertecillos que la villa les permitía cultivar en la montaña.

«Así se mantuvo este santuario á cuidado de la villa de Luna, como se hallan otros muchos que se encuentran en su dilatado monte, reconociéndola dueña, señora solariaga y patrona de él; como parte y porción de sus términos, y recibiendo de ella su ser y los alimentos para su conservación. Por otra parte se esmeraba el reverendo capítulo de vicario y racioneros de la misma en el culto de la Imagen, principalmente en los días que previenen las tablas antiguas de su iglesia.

«La universal devoción de los pueblos circunvecinos á este santuario, y las disposiciones ventajosas del sitio, movieron el celo de D. Miguel Torrero, vecino particular de la villa, y habiendo determinado fundar un convento de religiosos recoletos del P. San Francisco, amovibles, que en lugar de los ermitaños cuidasen como capellanes de la Virgen, de su asistencia y mayor culto; solicitó y logró

que la villa de Luna condescendiera á fin tan santo y tan conforme á sus deseos, y le permitiese fundar el convento junto á dicha ermita. de modo, que la iglesia antigua sirvió igualmente á la comunidad que se estableció nuevamente, quedando ileso el patronado de la villa de Luna en la mencionada iglesia y casa que servía (y se mantiene aun) de habitación á los antiguos ermitaños.

«Se ignora que se pidiese consentimiento al reverendo capítulo de vicario y racioneros; pero es constante, que la bula pontificia, que Don Miguel Torrero impetró de la santidad de Alejandro VI, expedida en Roma á 18 de marzo de 1500, se concedió sin perjuicio de los derechos parroquiales. Por este motivo D. Miguel Torrero solamente fué patron de la nueva fábrica, y los frailes quedaron con el preciso uso espiritual de la iglesia para los fines de su instituto y de su fundación, sin que á la villa le perjudicasen el patronado de la iglesia y casa antiguas, ni la jurisdicción civil y criminal en toda la montaña, parte y porción de sus términos y menos al capítulo el dominio y uso de la iglesia, coro, altar, sacristía y campana mayor; todo lo cual ocupa como en propia iglesia siempre que como tal se sube á celebrar alguna festividad. En efecto, el vicario de Luna oficia, y tiene la presidencia en todas las funciones eclesiásticas. El capítulo ocupa el coro privativamente como cosa suya, y el ayuntamiento los bancos del presbiterio á la frente de su pueblo, sin que el patron del convento tenga lugar en ese caso, sino entre los demás religiosos.»

«Con igual derecho uno y otro cuerpo poseen la casa antigua y contigua á dicha iglesia llamada de los *Velantes*, ocupándola en estas ocasiones como casa propia, y en prueba de esto se llama también casa de la Villa.»

«Sin embargo de estar todo esto ejecutoriado de inmemorial, público y notorio, lo confirma el mismo fundador por dos cláusulas bien notables de su testamento, hecho en 6 de setiembre del año 1518, (ante el notario Alonso Martinez, en Zaragoza). La 1.^a dice así: Que si estos religiosos que hoy quedan en asistencia de dicho convento no conviniesen, y si otros de religion diferente; el vicario y jurado mayor de Infanzones que son y serán, y el que llevase el apellido de

19 DE AGOSTO DE 1835.

«los Torrereros, puedan poner otros de otra religion que mas convenga. Dice la 2.ª: que si por lo destemplado del terreno, ó falta de asistencias, ni estos, ni aquellos se pudieran mantener, los dichos patronos de esta obra pia vuelvan á poner los antiguos ermitaños en asistencia y cuidado del santuario.»

«Aunque el citado fundador hizo á sus espensas el mencionado convento, es constante, que los vecinos de Luna le ayudaron en gran manera con sus trabajos y limosnas: y la villa, ademas de haber cedido el sitio y agregado la iglesia y fábricas antiguas, con la calidad de administrador de la primicia, le ha contribuido y asiste siempre con el cirio pascual, velas y sellos para el monumento en reconocimiento de ser dicha iglesia una de las filiales de esta matriz de Santiago, y mirando á la comunidad como vecina y aun como á hija suya, le da el uso de los montes, y la asiste con limosnas continuas, médicos y medicinas para la manutencion y asistencia de sus individuos.»

«Se proveine por fin que el cura de Luna que reparte los Santos Oleos á todas las iglesias filiales, re, arte igualmente á Mönlorá el de la Santa Uncion para los religiosos precisamente.»

«Todas las noticias que contiene este escrito, son constantes en los documentos que cita: se han derivado hasta nosotros por la tradicion y los usos que relaciona son patentes á todo el mundo; pero porque acerca de ellos ha suscitado alguna duda el capricho ó el espíritu de libertad, se desea que permanezcan esta noticia en el archivo de esta villa de Luna para perpétua memoria.»

Hasta aqui el documento por el que se viene en conocimiento de la fundacion del convento, pero con respecto al santuario ya hemos dicho que se pierde en la oscuridad de los tiempos su origen: nosotros solo podemos decir que en la actualidad se conserva todavia la iglesia en muy buen estado y que es bastante el culto que se le tributa: el convento se halla muy deteriorado y en él hay un santero ó ermitaño que vive allí constantemente: la fiesta principal de Mönlorá es el día 4 de octubre adonde suben los de Luna en romeria acudiendo tambien indistintamente de Esia, Vaipalmás, Paules y otros muchos pueblecitos comarcanos. En 1833 cuando fueron vendidos como bienes nacionales todas las fincas así rústicas como urbanas que poseian las estinguidas órdenes religiosas, la villa de Luna compró el referido convento é iglesia, siquiera porque no se perdiese el culto que les legaran sus ascendientes.

UN DIA DE CAMPO EN LA HABANA.

RECUERDO DE UN VIAJE.

A MI AMIGO EL COMANDANTE DE INFANTERÍA

D. Pedro de Prado y Torres.

Sin duda alguna que al ver el título de este artículo creará Vd., amigo mio, así como todos los que tengan la dignacion de pasar por él la vista, que voy á referir una escena de placer y de algazara; á describir uno de esos momentos de expansion y de gozo, en los que apartándonos de la uniforme severidad de las obligaciones diarias, y abandonando la monótona, cuantorigida costumbre del hogar doméstico, salimos al campo para contemplar las galas de la naturaleza y admirar en tan grata contemplacion el poder y la sabiduria del Divino Criador. Y nada mas natural, dicho sea de paso, que esta creencia, tan justificada por el conocimiento que todos tenemos de lo que es un día de campo, cuyo principal objeto, como vulgarmente ha dado en decirse, es el de *echar una cana fuera*. Pero Vd. y el lector se han equivocado si esto llegaron á creer, y puesto que yo puedo haber dado motivo á esta equivocacion, preciso es que yo sea quien la deshaga. Para conseguirlo voy á poner punto en esta introduccion y á dar principio á mi relato.

Una mañana de octubre, hermosa como lo son todas en la sin par bellísima isla de Cuba, doce jóvenes bulliciosos y contentos, entre los cuales se hallaba el que estos renglones escribe, salian por la *Puerta de Tierra* con direccion á las faldas del castillo del Principe, donde agradablemente satisfechos pensaban pasar el día que con el loco entusiasmo de la juventud consagraban al placer. La vanguardia de nuestra pequeña columna la formaban ocho negros cargados con las provisiones de boca, y la retaguardia se veia compuesta por doce hijos del dios Apolo armados con sus correspondientes instrumentos, inseparables atributos de su noble profesion. Durante el camino los epigramas y los chistes, y las mas oportunas ocurrencias fueron lanzadas por aquellos jóvenes al espacio. Bello principio de un día, cuyo final debía quedar impreso para siempre en sus corazones. Prólogo risueño

de una triste historia, cuyo desenlace habia de afectar la esquisita sensibilidad de aquella juventud, tan dispuesta para gozar con el ageno goce como para padecer con el dolor extraño. Edad dichosa, esa de la primavera de la vida, todo bondad y pureza y en la que el desengaño no ha clavado aun su acerada garra. Pero dejemos la edad á un lado y tambien al desengaño, puesto que la primera es ley de la naturaleza y el segundo obra de las humanas miserias.

Llegados al punto de parada y despues de haber tomado un refrigerio, sazonado por la cordialidad mas amable y por el mas febril entusiasmo, nos dispusimos á correr en union de los músicos por aquellos campos que Dios ha sembrado de odoríferas y lindas florecillas, y los hombres han salpicado de casas tan blancas como la nieve y tan caprichosas como la juventud de la mujer. Vd., que conoce aquellos hermosos sitios y todos los que hayan estado en la Habana y en sus ratos desocupados hayan salido á pasear por las cercanías del castillo del Principe, adelantando hácia el de la Chorrera, habrán visto el brazo de mar que lamiendo los muros de este último, entra, cortando aquellos prados á internarse en ellos hasta cuatro millas. Maridage es aquel de la tierra con el agua tan majestuoso como galano, tan pintoresco como severo, tan agradable como poético, tan delicado como sublime, tan respetuoso como respetuoso y grande es su autor el Hacedor Supremo. Allí nacen y crecen confundidos formando vistosos bosquecillos el granado y la guayaba, la palmera y el limoncillo, el cocotero y la naranja, la zarzamosa y el tamarindo, el anon y la guanábana, la delicada piña y el plátano sabroso; las flores todas y las esquisitas frutas que el joven suelo de la rica Cuba produce con feracidad pasmosa. Morada de contemplacion y de ventura desde la que el alma en dulce recogimiento se eleva al Criador. Bosques saludables, en los que la religion acude en auxilio del que sufre para decirle que no es en el bullicio del mundo donde ha de buscar el bálsamo que cierre sus heridas. Pero el recuerdo de aquellos sitios, que por siempre vivirá en mi alma, me ha separado del curso de mi historia, y por ello pido perdon al benévolo lector.

Puestas dos lanchas á disposicion de la alegre comitiva, en una se embarcaron primero los músicos y en la otra despues nuestros doce jóvenes, adelantando de esta manera por el rio. La orquesta dejó entonces escuchar sus armoniosos ecos y á las voces de los instrumentos se unieron los débiles gemidos de las aguas causados por el choque de los remos; el susurro melodioso y blando de las hojas que, impulsadas por la brisa se mecian en las ramas, y el delicado gorgceo del pájaro de los bosques, del sinsonte cantor que sorprendido salia de su nido para protestar contra los atrevidos que fueran á turbar la calma de aquellos solitarios sitios. Sublime conjunto que henchia el corazon de un gozo celestial disponiéndole á sentir todo cuanto de bello y grande encierra la naturaleza en su eternal sabiduria.

Sentado el pié en la opuesta orilla, y mientras la hora de comer llegaba, dirigimos nuestro rumbo hácia un caserio situado en la cima de una colina que en el espacio se destacaba, como sobre las inquietas aguas se destaca la blanca vela que con tranquilidad avanza al puerto. Cerca ya de la cumbre y atraídos por el ruido de nuestras voces, que acompañadas de la orquesta tan pronto preludiaban un coro de Norma ó Belisario, como entonaban un canto de nuestra adorada patria, salieron á nuestro encuentro los dueños de aquella posesion semi-feudal, quienes nos hicieron un recibimiento sumamente obsequioso y lisonjero. Enterado el rico propietario de que nuestra intencion era la de pasar el día por aquellos deliciosos sitios, instantáneamente dió sus órdenes para que se nos sirvieran dulces y licores. Mientras estas órdenes se cumplian por sus criados, nuestros músicos hicieron sonar sus instrumentos al compás de la danza cubana, y esto fué causa para que de los inmediatos caserios acudieran todas las jóvenes que en ellos habia, alborotadas ya por el bullicio y algazara que por el campo llevaba la entusiasmada turba.

Juventud y contento; música, mujeres y licores; nada mas podía pedirse, nada mas, de seguro, pedirian los voluptuosos orientales para creerse en el paraíso que su falso profeta les tiene prometido.

A los primeros compases de la provocativa danza, el salon estaba lleno de parejas, que ávidas de placer se dejaban arrastrar impulsadas por el acento mágico de la música. No se pasó mucho tiempo sin que los negros que habian recibido las órdenes de su señor, volviesen cargados de bandejas llenas de dulces y de copas, así como tambien de botellas que contenian riquísimos vinos de Europa, y los mas esquisitos licores de Jamaica. Ningun sitio mejor que el campo para gozar de una libertad verdadera, ni ningun elemento tampoco mas á propósito que la música y los licores para establecer una ciega confianza entre personas que se ven por primera vez.

No habia pasado todavia una hora de nuestra union con aquellas personas, desconocidas todas para nosotros, y cualquiera extraño que en aquella estancia hubiese entrado nos hubiera creído á todos conocidos muy antiguos. Tal era la franqueza que allí reinaba, tal el contento que en el semblante de todos se hallaba manifestado, tal el deseo de

continuar en aquella franqueza sin abandonar aquel gozoso contento. Sin embargo, si ese es raño después de haber contemplado como las vaporosas hijas de la reina de las Antillas, escuchaban con el mayor asno las palabras de amor que sus huéspedes las dirigían; si hastiado de los vinos y los licores que chispeando en las copas se cruzaban en todas direcciones; si cansado de la música, y del baile y de la alegría, y apartándose de los grupos que por todas partes se formaban se hubiera dedicado á examinar cuidadosamente á las personas que llenaban aquel salón, pronto se hubiera convencido de que no todas participaban del ciego delirio que parecía devorar á aquella juventud frenética y ardiente.

Sentada en un rincón, con el rostro pálido por los sufrimientos, agena la mirada á lo que en su derredor pasaba, y descansando sobre su regazo el delicado cuerpo de una hermosísima niña, hubiera visto á una mujer joven y bella, muy joven y muy bella, pero cuya juventud solo se conocía por las vivísimas miradas que de vez en cuando lanzaban sus negros y rasgados ojos, y cuya belleza solo se adivinaba en aquellas partes de su rostro que no habían sido aun quemadas por el fuego de sus lágrimas. Esta mujer, cuya edad no contaba todavía veinte años, cuya hermosura rayaba mas alto que todas las que el pincel de Murillo dejó trazadas en sus lienzos, y cuyas riquezas no podrían apreciarse por las fabulosas sumas que representaban, era desgraciada y vertía lágrimas. Esta mujer era la esposa fiel, la amante y no amada compañera del hombre en cuya casa nos hallábamos. Agena como hemos dicho á todo lo que pasaba á su lado, su atención estaba concentrada en el rostro angelical de su hija, que inocente sonreía entre sus brazos. Si un momento separaba su mirada del caudoroso semblante de la niña, solo era para fijarla en un retrato de familia que entre otros cuadros se veía colgado en la pared. Este retrato era el de un anciano venerable; y aquel anciano había sido el padre de la mujer que con tanto amor y firmeza le miraba.

Movido por el interés que despertó en mí la angustiosa expresión de aquel ángel de bondad y de belleza, pregunté á una joven amiga suya por la causa de aquel sufrimiento, y por ella supe que hacía dos años se había casado con un hombre que mintiendo villanamente la ofreció un corazón corrompido en cambio del inapreciable tesoro de virtud, de talento y de pureza que ella le entregaba. Supe que aquel hombre encontraba placer en atormentarla por cuantos medios están al alcance de los seres degradados y miserables; que liviano en demasia tenía condenada á su mujer á una viudez perpétua por solazarse en el fango de la prostitución mas abyecta; que padre de una criatura bellísima, flor delicada, cuya exquisita fragancia la recibiera del cielo, no había puesto ni un solo beso en la purísima frente de la hija que debiera formar toda su dicha, todo su placer y embeleso. Supe tambien, y esto con horror y hasta con ira, que aquel hombre indigno por mas de un título de poseer el amor de su esposa, había llegado adonde solo llega quien no guarda en su pecho un átomo de dignidad, de educación ni de nobleza; aquel hombre en un acceso de crueldad inaudita había osado poner su mano sobre el rostro de la que debía contemplar de rodillas y con el mas religioso respeto.

Todavía no he podido explicarme, á pesar de los días que han transcurrido, el efecto que causó en mi alma la relación de tan dolorosa historia. Mil pensamientos distintos, mil encontradas ideas se agolparon á mi cabeza revolviéndose agitadas y privándome por algun tiempo de la razón y de la calma.

Aligerado un tanto mi pecho del agudísimo dolor que le oprimía volví á contemplar el rostro de aquella pobre mártir, y al silencioso examen que yo hacia mi corazón murmuró palabras de amor. Si, desde aquel momento identificándome con la infortunada beidad, no tuvieron ya eco en mí las voces de mis compañeros, ni los acentos de la orquesta, ni los halagos de las jóvenes, ni el hervir de los vinos, ni el chocar de las copas, ni nada de cuanto en mi derredor pasaba. Me hallaba solo, solo enfrente de la mujer que había despertado en mi corazón un sentimiento que hasta entonces no había conocido. ¿Para qué me hacía falta lo demás? El amor que aquella mujer me había inspirado lo llenaba todo. No había lugar en mi alma para otras sensaciones que no fueran las que me causaba la contemplación en que yo me encontraba tan dichoso y tan feliz. Pero ¡ah! que mi amor era una quimera, uno de esos locos ensueños que nos asaltan en la juventud; era uno de esos vaporosos castillos que nuestra imaginación construye en un momento de felicidad, y que hijos del aire una ráfaga suya los destruye, no dejando la menor huella del fantástico edificio que formara nuestra ventura. Aquella mujer ante la sociedad no era libre, era la esposa de otro hombre, y sin cometer un crimen yo no podía llegar hasta ella. Ante Dios era aquella mujer una santa, y á las santas no se las ama, se las venera.

Recobrando apenas en mí la razón su antiguo poderío, volví á dirigir mi insegura mirada por el salón, y un estremecimiento de cólera recorrió todo mi cuerpo al contemplar que mientras que aquella desdichada olvidada en un rincón lloraba lágrimas de desconsuelo por el

desamor y abandono en que su esposo la dejaba, el hombre que debía fundar toda su felicidad en labrar la de aquella mujer encantadora, ebrio por el licor y por el cansancio y con una botella en la mano, iba jadeante de un lado para otro requiebrando á las mujeres, bebiendo y dando de beber á los hombres, pero siempre sin dirigir una palabra á su esposa, pero siempre sin acordarse de la que con sus riquezas le había dado su vida y su amor.

Cuadro triste y sombrío, pero exacto, fiel, que con la mayor verdad patentiza que la felicidad conyugal no se funda principalmente en los bienes de fortuna.

Aquella mujer mandada por Dios á la tierra para dar á conocer al hombre los gozes purísimos de la felicidad suprema; aquella mujer venida al mundo para hacer la dicha, la ventura de una familia entera, con una belleza sin igual, con un corazón tan noble como generoso, con un alma en la que solo tenían albergue los sentimientos mas exquisitos, y pródigamente además favorecida por la fortuna, se había casado con un hombre sin corazón y sin amor; con un hombre que apreciaba las virtudes de su esposa por los montones de dinero que le había llevado al matrimonio; con un hombre que al día siguiente de ser esposo dejaba en la mayor soledad á la que debía ser inseparable compañera de su vida, y esto por correr en pos de nuevas sensaciones si sensaciones puedan llamarse á los extraños sentimientos que inspiran la embriaguez, el juego y la orgía.

Poco á poco todos mis amigos fueron teniendo conocimiento de la tristísima historia de aquel desdichado matrimonio, y no queriendo permanecer mas tiempo al lado de un hombre que nos era ya aborrecido, ni deseando prolongar tampoco la violenta posición en que se encontraba aquella desventurada mujer, digna de otra suerte mejor, determinamos alejarnos de allí para que la vista de una alegría que no podía sentir no aumentase mas el caudal de su desgracia.

Al despedirnos de aquella gente, que con tanta generosidad nos había franqueado las puertas de su casa, los músicos, por disposición de uno de mis amigos, tocaron un himno en honor al retrato del anciano. La hermosa, cuanto infortunada hija, al escuchar la orden y los acentos de la música, prorumpió en lágrimas de agradecimiento que sirvieron para amargar mas el estado de tristeza en que nos había puesto el conocimiento de su desventura. ¡Ay! que aquellas lágrimas vinieron á encender con nuevo y mas vivo fuego la pasión que rápidamente iba agrandándose en mi pecho.

Fuera ya de la casa y en la llanura que sirve de base á la colina, volvimos á mirar otra vez el sitio que acabábamos de abandonar, y en la puerta vimos á la pobre mártir que todavía nos saludaba con su pañuelo.

Hondamente afectados dirigimos nuestros pasos á la Habana sin acordarnos que habíamos salido de ella con objeto de divertirnos. Durante el camino comparamos el estado de nuestra alma en aquel momento con el que tenía cuando en la mañana pasábamos por aquel mismo sitio, y de la comparación vinimos á parar á la gran verdad de todos tan conocida: que en el mundo no es feliz el que quiere, sino el que cree serlo.

Han pasado ya muchos años desde que tuvo lugar el suceso que acabo de referir, y la imagen de aquella mujer que hoy descansa en la mansión celeste no ha desaparecido sin embargo de mi memoria. En mis ratos de tedio; en esos momentos en que el alma recogíendose en sí misma se cierra á todo sentimiento que no sea de dolor y de amargura; en esos instantes de aguda desesperación que con harta frecuencia nos proporciona la desaparición de nuestras mas queridas ilusiones, el recuerdo de aquella flor agostada en la primavera de su vida, es un lenitivo que mitiga mis dolores, un viento consolador y benéfico que batiendo sobre mi sus alas de ángel, refresca mi cabeza y devuelve á mi corazón la calma.

Aunque yo procurase intentarlo, jamás podrá borrarse de mi memoria el infortunado ó dichoso día en que vi resbalar las lágrimas de aquella tierna sensitiva sobre el delicado semblante de su candorosa hija.

PABLO ORTIGA REY.

EL BARBO DE UTEBO.

(CUENTO POPULAR.)

Aunque diga el vulgo vario
Que soy pescador, no es cierto;
estoy por pescar, y advierto
Soy el pez imaginario.

Varias son las tradiciones populares que en Aragón se conservan, pero una de las que mas boga han alcanzado entre el vulgo, acaecida casi en nuestros días, es sin duda alguna la del *barbo de Utebo*.

Este acontecimiento debió tener, á no dudarlo, alguna significación que nosotros no comprendemos, pero si es cierto que el suceso tuvo

lugar tal como lo vamos á referir, cargando con la responsabilidad de la poca exactitud que en el cuento se advierte, la crónica á que en un todo nos referimos.

Dice, pues, que allá en el año 1797 hácia fines del mes de julio, los habitantes de Utebo, pueblo distante dos leguas de la capital de Aragón, tuvieron lugar de observar un fenómeno cual nunca se había visto en toda aquella comarca. Dirigiéndose un campesino hácia el Castellar, advirtió que en el centro del río Ebro se movía un objeto que á juzgar por sus grandes dimensiones debería ser un monstruoso habitante de la región del agua; el cual tan pronto enseñaba parte de una de sus estremidades, tan pronto se sumergía en el fondo del río: pero cómo y por qué casualidad se encontraba en aquel sitio? esto era lo que despues todos se preguntaban y ninguno sabia darse razon: estas mismas consideraciones escitaron vivamente la atención del rústico, que cuanto mas le miraba, mas crecia su curiosidad y tanto mas se afirmaba, en que era un pescado de colosales proporciones. Vuelto á su casa contó su descubrimiento en la de un vecino suyo y bien pronto se divulgó la noticia por todo el pueblo: el camino del río era á muy poco una verdadera romería, pues no hubo chico ni grande que dejara de cerciorarse por sus propios ojos de aquella estraña maravilla del siglo XVIII: mas de doscientos ojos había fijos continuamente en el supuesto barbo, y en una de las veces que asomó lo que ellos creían la cabeza, oyóse un grito general de asombro: no faltó quien en lo acalorado de su imaginacion creyó ver dos grandes y rasgados ojos, quien una formidable boca, y quien pasando mas adelante unos espantosos y afilados dientes.

Deseosos los de Utebo de apresar á todo trance un objeto del cual tanta satisfaccion y gloria les había de redundar, dispusieron que algunos de los mas atrevidos entraran en el río con unas barquillas, cuerdas, ganchos y todo lo demás que necesario fuese, pero si, que si quieros, ¿quién era el osado que se atrevia á acometer tan grande empresa? ¿quién se acercaba ni con mucho á tan terrible bicho? En este apuro y sin saber qué resolver, dice que dieron parte á Zaragoza para que subiera una pequeña fuerza de fusileros de Aragón (vulgarmente *Miñones*) que era lo mas florido de la juventud del país: algunos málévols burlones quieren decir que tambien subieron una pieza de artilleria, pero yo nunca lo he querido creer: lo cierto de todo es, que espasada la noticia por la ciudad augusta y pueblos circunvecinos, bien pronto se vió el de Utebo invadido de gente que de todas partes acudia á contemplar suceso tan estraordinario: en Zaragoza no quedaron tartanas ni calesas por alquilar; entre tanto en Utebo como la afluencia era mucha, bien pronto dieron fin los abastos y existencias de las casas, no sin gran contento de sus vecinos, así que vendieron cuanto tenían malo y bueno, lo cual no dejó de redundar en beneficio suyo.

Determinado y llegado el día que se había de verificar la pesca, ya por la mañana ambas orillas del Ebro se hallaban repletas y coronadas de gente: algunos diestros pescadores entraron en el río, en tanto que la fuerza armada quedaba á la orilla observando el menor movimiento del animal; la consigna era el hacer fuego sobre él si acaso (como era natural) se aprestaba á su propia defensa: no les fué difícil cercarlo por uno y otro lado á favor de unos barcos y amarrarlo con ciertas precauciones por medio de grandes cables ó maromas; logrado esto aumentóse la curiosidad, todos alargaban la gaita, la ansiedad era general, había un silencio solemne y si se hubiera observado tal vez se hubiese podido oír el ruido de los latidos de tantos corazones aumentándose aquellos en número por la natural impaciencia: los que tenían las cuerdas principiaron á tirar de sus extremos y no faltó mujer que le diese una pataleta ¿para que iba si había de asustarse? Pues señor tira... que tira... que tira, lo que sacaron del río con estremada algazara fué un gran MADERO, ¡á ver!!!!...

Desde aquel momento todo se convirtió en zambra y alboroto; el solemne barbo sirvió de núcleo á multitud de epigramas y los habitantes de Utebo tuvieron que sufrir con resignacion los blancos y pullas de que fueran objeto, merced á su acalorado modo de proceder y ver las cosas: no faltó hijo de su madre que parodiara esta famosa pesca á la fábula de Fedro *el monte de parto*, que á no ser así no se hallaria en mi poder en letras de molde, la cual copiada literalmente dice así:

Parturient Montes, nascitur ridiculus mus.

FÁBULA.

De parto un Monte en cierto tiempo estaba,
El «Hay de mí» en el cielo colocaba;
La novedad por todos se esparcía,
Y mil gentes curiosas á porfía
Iban á marchas dobles caminando
Hácia el preñado Monte, perdonando
Los trabajos que se hallan siempre fijos
En los viajes penosos y prolivos:

Los sujetos visibles que allí fueron
En favor del paciente á bien tuvieron
De encargarse de todo diligentes:
Y siendo en la materia inteligentes,
Médicos, cirujanos, comadrones
Hacen venir, disponer de regiones
Estranjeras, y en partos instituidas:
Preparan además varias bebidas,
Para evitar astuta y sábiamente
Que al monte enfermo oprima el accidente,
Y cuanto el árduo caso pedir puede
Y á punto rara vez estar, sucede:
El lance llega, el lance deseado,
Y de un dolor vivísimo acosado



(Aventuras de un loco coronado.)

El paciente decae, pierde fuerza,
Se abate, desfallece, y su entereza
Se trasforma ya toda en cobardía;
Solo, «no puedo mas,» se le entendia:
Le dan valor los sábios profesores,
Y en medio de los sustos y temblores
Parió el monte, parió... (quien ha de oílo!
Un ridículo y feo ratoncillo.
A un pueblo así de partes diferentes
A una pesca concurren varias gentes:
Previenen hierros y maromas gruesas,
Buzos, cebos y lanchas olandesas;
Y cojen en silencio... oh maravilla!
En vez de un gran Salmon, una Madislla.

Hijos y habitantes de Utebo, si á vuestras manos por casualidad llegasen los presentes mal apergeñados borrones, no hagais á enojo que uno que lo es de la insigne villa del Salmon, se haya tomado el trabajo de zurcirlo; pues lo mismo podrian hacer en este caso quejarse los madrileños con el cuento de su ballena: reflexionad mas bien sobre la ligereza de vuestros antepasados, pues yo no tengo culpa en que tal suceso haya llegado á mis oídos, como habrá podido llegar á os vuestros, y con él quitarme un rato de ocio y llenar emborronando una página mas de nuestro SEMANARIO: entretanto disponed de quien tiene una gran satisfaccion en ser paisano vuestro y estampar al final (como lo hace) sus iniciales.

J. A.

UN NIDO VACIO.

A la linda y simpática heroína de esta novela,

EL AUTOR.

I.

Bienaventurada seas alegre y hechicera Rosalía! Dios te dé ese cielo azul que tanto te agrada, esas flores perfumadas que tanto te gustan, esa paz y esa dicha que tanto deseas.

Escucha cómo trinan las aves de tu jardín, cómo se sonríen las violetas escondidas detrás de las verdes cortinas de sus hojas, cómo murmura el arroyo al pasar por debajo de las bóvedas de tilos y acacias de tu pradera.



(Aventuras de un loco coronado.)

Haga Dios, que nos dé los días serenos y las alegrías puras del alma, que Fernando te quiera siempre lo mismo.

Y que así como ninguna nube empaña el azul trasparente del cielo bajo que vives, ninguna lágrima enturbie tus ojos oscuros, ninguna pena manche las castas imágenes de tus amores.

No os extrañéis que desee tantas felicidades á la niña bonita que está enamorada y que alegre, risueña y sin cuidados recorre al lado de su amante, las perfumadas calles de su jardín, las olorosas alamedas de sus bosques.

Ámala siempre mucho, Fernando, hazla dichosa como hoy, porque te quiere con toda su alma; fija en ella tus ojos amorosos para que la niña bonita se mire en su cristal. Ya sabes que es el espejo que ella prefiere.

Pero dónde vais amantes dichosos?...

Ah! os vais á sentar á la sombra de los tilos perfumados para amaros y decíroslo, vais á esperar que las tórtolas se arrallen para miraros y sonreiros como si lo hicieran porque os ven juntos, porque os oyen soñar amores. Como si ellas no se amaran también, como si ellas no se lo dijeran mutuamente en esas notas tristes, lánguidas y enamoradas que tanto os gusta escuchar.

Hélos aquí sentados sobre el musgo y el verde césped con una bóveda de hojas por dosel, con una tierra cubierta de flores por alfombra.

Vedlos cómo se miran, cómo se aman y cómo se lo dicen, cómo

sueñan amores el mas delicioso de los sueños, y cómo Rosalía se sonríe enseñando dos líneas de nácar.

Allí estan hablando de sí mismos hace un largo rato, y por eso no se cansan de su agradable conversacion, se estan contando todas las impresiones de sus primeras miradas, todo lo que el alma siente de emociones antes de pronunciar las palabras te amo, y que producen las miradas de dos ojos simpáticos, las sonrisas de los labios que nos han agradado, y esos pequeños detalles en los que el corazon que va á enamorar se fija con delicia por mas que pasen desapercibidas para los indiferentes.

Oid, cómo se juran amarse siempre, porque segun dicen, se quieren tanto que no pueden vivir uno sin otro, y no conciben felicidad alguna teniendo que vivir separados.

Ella abandona su blanca y perfumada mano entre las manos de su amante que palpita de emocion al estrecharla y la cubre de besos.

Rosalía apoya sus oscuros cabellos sobre los labios de Fernando y él aspira á grandes oleadas el perfume que de ellos se desprende.

Rosalía alza sus ojos y los fija en los de su amante; se miran sonriendo y como electrizados por la misma impresion, como si la misma idea se hubiera despertado al mismo tiempo en las dos cabezas, sus labios se acercan y confunden sus mútuos alientos en un delicioso y prolongado beso.

Un beso! un beso, solos y á orillas de un arroyo, sin mas testigo que el cielo y las aves, los árboles y las flores.

Si, un beso y que crimen han cometido mis amantes en besarse, qué mancha puede dejar en los labios de mi Rosalía el contacto de los de Fernando para que os parezca extraño que se besen!

Cuándo se han apoyado los labios sobre los labios mas castamente? Cuándo se ha verificado ese contacto menos carnalmente?

Oh! no os asustéis, porque dos jóvenes se besen, si pudiérais apreciar las sensaciones que pasaban por el alma de él cuando se ha acercado á ella, si hubiérais podido penetrar en las ideas de ella cuando ha buscado los labios de él, os sonreiriais tranquilos como me sonrío yo que lo sé.

Qué crimen hallais en el beso de una madre al hijo de sus amores? qué mal encontrais en que el hermano bese á su hermana querida?

Y por qué han de haber hecho mal Rosalía y Fernando, si han obedecido á una sensacion poderosa, si se han besado casi sin saber lo que hacian, como antes habian juntado sus manos?

Qué seducción ha habido por parte de él? qué idea premeditada por parte de ella para que así condeneis sus amores?

No hagais caso niña bonita, de los que se horrorizan ante tan casta caricia, es porque no comprenden que dos labios pueden unirse casta y puramente, es que no conciben que el alma se despierte mientras duerme el cuerpo.

Decídselo vosotras, blancas azucenas, blancas rosas del jardín, enseñades vuestras limpidas corolas á ver si hay en ellas una mancha y luego cuando esclamen qué pura es la azucena, contaries que la brisa os ha besado, que el céfiro se ha parado en vuestros cálices.

No, felices amantes míos, amaos como os amais ahora, vuestras almas puras son vuestra mejor defensa!

II.

Mis amantes vienen juntos por el jardín.

Rosalía se apoya muellemente en el brazo que la dá Fernando.

De vez en cuando se paran como obedeciendo á la misma idea, se miran con amor, sonríen de felicidad y vuelven á recorrer las perfumadas calles del jardín.

La madre de Rosalía sabe que Fernando ama á su hija y á pesar de eso los deja vagar juntos por el bosque.

No culpéis á la madre porque no quita el peligro quitando la ocasion; el otro día oculta detrás de unas matas, ha sido testigo de una de esas escenas puras en que siempre se embriaga con delicia el alma de una madre; ha escuchado sin ser vista la conversacion de los dos jóvenes; ha oido los dulces sueños de oro que juntos han formado y al ver las ideas puras y castas del amante de su hija, ha sentido no poder realizar los castillos en el aire que juntos se fraguaban.

—Cuánto te amo Rosalía de mi vida, dice Fernando, mirando á su amada, cómo ocupas mi pensamiento hermosa mia, si supieras cómo conservo tu imagen grabada en mi corazon, si pudiera yo decirte cómo te amo, si mis palabras pudieran esplicar los sentimientos que se desbordan de mi alma, verias, vida mia, que nunca amantes se han querido como nosotros, que nunca nacieron dos almas que se comprenderán mejor y comprenderias que Dios despues de haberme creado, te hizo á ti para complemento de mi vida y que ahora seria imposible que yo me separase de tu lado.

—Concibo muy bien Fernando tus frases, añadia la niña, porque mis ideas son las tuyas, así como nuestros sentimientos son idénticos.

—Con que tanto me amas?

—Cómo no puede amarse mas.

—Qué feliz me hacen tus palabras Rosalía, porque veo en tu amor la recompensa del mío.

Y los dos amantes seguían juntos amándose y diciéndose.

De repente se le ocurrió á Rosalía una idea que se le ha ocurrido á todas las muchachas que tienen costumbre de pasear por el campo y cogiendo una margarita silvestre hizo con ella lo que la Margarita de Goethe en el Fausto; lo que la heroína de Arsene Housaye del mismo nombre; cogióla en sus blancas y suaves manos tan puras como los pétalos de la flor, y arrancando estos uno despues de otro murmuraba: *me quiere, un poco, mucho, apasionadamente, nada*; la flor que habia servido de oráculo, solo tenia 14 pétalos, así que al arrancar el último Rosalía miró alegre y contenta á su amante.

—Ya lo ves, le dijo, esta margarita á quien he interrogado me ha dicho que me amas con delirio.

—Pues esa flor debe saberlo, contestó Fernando.

Y Rosalía creyó que Fernando tenía razon, porque si no la hubiera amado, las flores que no engañan nunca á las niñas bonitas se lo hubiera dicho con la misma franqueza con que habia contestado que la amaba.

De repente Fernando detuvo el paso y paró á Rosalía, esta interrogó á su amante con una mirada y él la señaló con el dedo un nido de ruiseñores escondido entre unas ramas de lilas.

La pobre madre inquieta al ver venir directamente dos personas hacía el fruto de sus amores, en vez de huir se habia colocado encima de ellos y los protegía con sus alas, mientras dirigía con sus ojos inquietos y azorados una mirada á los dos amantes.

—Pobrecita, murmuró Rosalía.

—Cómo los quiere, repuso Fernando.

—Me dan lástima, dijo la niña, pobrecita pájara, se desvive por ellos, mira Fernando, cómo nos suplica con los ojos que no toquemos á sus hijos, que no le arrebatemos á sus pajaritos, vámonos, me da pena verla tan inquieta.

Y se alejaron recordando el nido de ruiseñores y formando mil comentarios agradables y risueños de este encuentro.

Al poco rato oyeron los dulces trinos, los inimitables gorgoros de un ruiseñor y Rosalía fijó sus ojos en los de Fernando.

El padre nos da las gracias, dijo éste, porque hemos respetado su tierna cria; pobres aves, qué daño hablamos de hacerles porque se aman, qué gusto habíamos de encontrar en llevarnos sus hijuelos y verlos luego moribundos llamar á sus padres y á estos inquietos rondar en torno de su prision llamándolos tristemente.

—Pobres pájaros, dejémoslos ser felices, murmuró Rosalía.

Este incidente de su paseo sirvió de materia para muchas conversaciones de los dos amantes: siempre que salían al jardín buscaban el nido y se quedaban largo rato contemplando los ruiseñores. La madre que se habia acostumbrado á verlos todos los dias, no huía de ellos y llevaba su confianza hasta dejar solos á sus hijos para ir á buscarlos de comer.

Cuántas mañanas sentada Rosalía sola al pié de la mata de lilas donde estaba el nido, observaba con delicia los tiernos cuidados de aquella madre que contemplaba á sus hijos como la suya la queria á ella, y sentía una emocion tiernísima en su alma.

Cuántas ideas se agolpaban á su mente al considerar los puros goces de un amor tan desinteresado como el de una madre, y soñaba con Fernando á quien cada vez queria mas, y en quien continuamente pensaba.

Muchos dias, después de largas conversaciones con su amante, cuando éste se marchaba, venia la linda Rosalía á sentarse junto á las lilas y allí, en presencia de aquellos pájaros que con tanto esmero cuidaban al hijo de sus amores, se repetía las palabras de Fernando y se olvidaba completamente de este mundo, para absorber todo su pensamiento en el que amaba.

Ah! el campo! el campo! la rica naturaleza pródiga en colores, en armonías y en perfumes convida á soñar en un mundo de delicias. Ya lo sabes tú, enamorada Rosalía, ya lo conoces, cuando dejas las estrechas paredes de tu cuarto, para venir á respirar el perfume del espino y de las lilas, de la madre-selva y de los tilos.

Ya lo tienes bien aprendido, hechicera heroína mía, y por eso recorres solitaria y con calma las alamedas de tus bosques, donde crecen mejoranas y violetas, mentas y campanillas blancas.

Ya sabes tambien, que cuando el alma vive de amores no se debe ir al campo mas que con la persona amada ó sola, porque el amor que despierta en nosotros el espectáculo de la naturaleza rechaza toda clase de testigos.

Cómo os amais Rosalía.

Cómo os amais Fernando.

Nunca os separe el cielo, porque la separacion es horrible para dos corazones que viven uno para otro, «la muerte es horrible solo porque es una separacion eterna» dice la balada Alemana y la balada tiene razon.

Escucha Rosalía, oyes ese cántico armonioso que se desprende de esa retama en notas cristalinas como una lluvia de perlas; no te acuerdas de él? le has oído un dia que ibas del brazo con Fernando, el dia que descubristeis el nido de los ruiseñores, aquella mañana en que la madre os pedía que tuvierais compasion de sus hijuelos, y la tuvisteis y os dió las gracias en su dulce y trinado lenguaje.

Pero mira niña, Fernando te busca, le oyes cómo te llama? Y Rosalía se levantó llena de emocion y alegría al oír la voz de su amante, y fué á buscarle para contarle los sueños que se habia forjado sola.

Cómo se aman!

Dios os dé la paz y la dicha de que son dignos los que se aman.

Dios os bendiga, héroes queridos de mi historia!

III.

Qué tristes están tus ojos, Rosalía!

Qué palidez tan amarga cubre esas bellas mejillas que poco antes me complacía en admirar, cuando las comparaba á las rosas de tu jardín y á las nubes que vuelan en torno de una tranquila alborada de mayo!

Por qué te entristeces, linda heroína mía?

Tu Fernando se ha marchado hace dos meses, y no has dejado de llorarle un solo instante! pobre niña!...

No te ha dicho al despedirse de ti, con los ojos arrasados de lágrimas que te amaba mas que á su vida? No te ha escrito dulces y enamoradas cartas, que te han hecho suspirar de felicidad?...

Pues entonces no llores Rosalía, porque él volverá mas enamorado que nunca, y premiará tus desvelos y afanes con un amor sin limites, mucho mas grande que el que hasta ahora has conocido, como el que soñabas lejos de él, como el en que pensabas cuando le tenias á tu lado, mirándole en sus ojos y dejando tranquila y confiada tu mano entre sus manos y tu linda cabeza sobre su seno.

No me enseñes tus ventanas, Rosalía, sé lo que me quieres decir y tú tambien sabes que si tus golondrinas se han ido, volverán en marzo alegres y vocingleras á fabricar nuevos nidos en torno de ellas y á traerle dias sin nubes, noches estrelladas, y un mundo de flores y de mariposas.

No me enseñes las rojas bayas de los agavanzos y del espino.

Tambien en abril se cubrirán los dos de verdes tallos que darán sonrosados capullos y menudas flores, blancas como tu alma.

No me señales las hojas amarillentas que el cierzo de otoño arranca á tus pomposos tilos, mayo vendrá á cubrirlos de nuevo de doseles de esmeralda, y abrirá esas florecillas embalsamadas que perfumaban el ambiente cuando te sentabas á su sombra.

Y hace ya mucho que no bajas al jardín. Ingrata niña, has olvidado tus flores predilectas, porque ya no está él; temes no encontrar ninguna porque el otoño implacable y crudo reina absoluto en la naturaleza.

Aun hay amarantos y crisantemos, rojos aquellos y de infinitos colores estos.

Y tus ruiseñores niña? los has olvidado, los has abandonado?

Pobre Rosalía! qué taciturna recorre los sitios testigos de su felicidad pasada!

Ya no se esmalta la pradera de gotas de rocío que presentan á la vista los deslumbrantes reflejos del iris, los cambiantes de las piedras preciosas.

Ya no hay flores de perfumados pétalos en las que viene á posarse la mariposa flor alada.

Ya no tiene margaritas á quien consultar para saber si Fernando sigue fiel, el oráculo campestre ha desaparecido con las apacibles noches de estío!

Y cada uno de estos objetos que sus ojos buscan y no encuentran los cubren de líquidas y transparentes lágrimas; fueron testigos de su amor!...

Pero sus pasos, por mas que su pecho lo desea, no se atreven á llegar á un sitio en que ha puesto su pensamiento.

—Si mis ruiseñores vivieran, dice Rosalía, sería yo feliz; si ahora me consolaran con sus dulces gorgoros; si me recordáran aquellas deliciosas mañanas de paz y de amores que hemos pasado escuchándolos; si vinieran á alegrar mi triste soledad con sus endechas; si me repitieran aquellas frases de amor que se decían enamorados, ah mis ruiseñores, mis ruiseñores.

Y Rosalía avanzó algunos pasos, la lila estaba sin hojas, la araña habia tendido su red entre las ramas desnudas.

No vayas niña, vuelvete á tu casa y sueña con Fernando, piensa en él y no te ocupes de tu nido, ponte á cantar como las heroínas de Alfonso Karr, la canción Alemana.

Kom lieber mai

Vuelve querido mayo!

Y volverá!

Ah! Rosalía ha dado un grito, su madre ha salido asustada y la ha

recogido en sus brazos al pié de la mata de lilas; pobre heroína mía, qué idea tan horrible ha cruzado por su mente, está sin sentido, ay, mi Rosalia nadie se explica la causa...

Mirad lectoras bonitas, pero sin que os asusteis como ella.

Ya no están los ruiseñores.

El nido está vacío!!...

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—¿Cómo vos! le dijo Reginold con una sonrisa cruel; ¿no juramos todos al rey ayer no beber masque agua hasta el fin de la guerra?

—Es verdad, dijo Reuschild muy triste.

—Es verdad, murmuró Herman, que no se mostró mas resignado.

—No es sino demasiado cierto, murmuró penosamente Lieven.

—Es verdaderamente verdad? preguntó Olof.

—Vaya si es verdad.

—Yo he jurado.

—Decía, pues, prosiguió el discípulo de la condesa de Königsmark, que si el rey vence á los reyes de Europa, estenderá sus conquistas hasta la India ó la Persia como Alejandro. En ese caso la guerra no durará menos de...

—Doce botellas de Burdeos.

Esta petición hecha por unos jóvenes que ocupaban la mesa frontiza á la de los cinco compañeros de Carlos XII acabó de enardecer la imaginación de Olof. Doce botellas de Burdeos, respondió el mozo colocado á la entrada de la bodega. Olof no oyó mas.

—¿No sabeis, dijo apostrofando á los de la mesa vecina, que no tenéis derecho de beber doce botellas de Burdeos?

—¿Por qué? ¿Cuántas tenemos derecho de beber?

—Ninguna.

—¿Quién lo ha dicho?

—El rey. ¿No sabeis que ha prohibido durante la guerra toda especie de bebida á sus oficiales?

—Pero Olof, le decía vanamente Reginold, esos señores no pertenecen á la armada. La prohibición no les alcanza.

Olof nada oía y proseguía diciendo: os prohibo en nombre del rey beber esas doce botellas de vino de Burdeos.

No se encontró otro medio de calmarle que hacerle mudar de puesto y tenerle vuelto de espaldas mientras se consumaba el sacrificio.

Reginold continuaba diciendo: en ese caso la guerra no duraría menos de... cuando Megret entró en el *Paraiso terrestre*.

—Llegais un poco tarde, le dijo Reginold, pero bastante á tiempo para oír la última parte de la revelación que hacia á estos señores.

—Escusadme, le dijo tambien en voz baja Megret, pero un suceso imprevisto...

—Esta guerra no durará menos de quince años, dijo por fin Reginold.

—¿Quince años! exclamó Olof con voz tan vibrante, que conmovió todo el paraiso.

—¿Qué, durará quince años? preguntó Megret.

—La guerra sin vino que vamos á hacer, respondió con las narices abiertas, los puños cerrados y la boca seca el desgraciado de Olof.

—Y bien, beberemos agua, infinita agua, nada mas que agua, dijo Megret, que pronunció tan francamente estas palabras, que los mozos, creyendo que aquellos señores pedían agua, trajeron todos los vasos que se hallaron á mano. Olof, verde de cólera, los quebró todos unos contra otros.

Hubo entonces un huracán de risa en el Paraiso terrestre.

Es probable que Olof, semejante á Sanson, hubiera derribado el templo sobre todos aquellos filisteos mofadores, si en el mismo instante la puerta de una pieza vecina no se hubiera abierto para dejar escapar estas palabras:—El rojo pierde.

—¿Se juega aquí? preguntó Megret con los ojos chispeantes.

—Sí, respondió Reginold.

—Y á la ruleta, respondió Megret.

—El negro gana, exclamó de nuevo la voz del banquero. Hay cien luises.

—¿Yo los pongo! exclamó Megret levantándose para correr á la sala de juego; pero Olof le detuvo por los faldones, diciéndole:—Francés, amable francés, francés demasiado amable, todos nosotros hemos jurado al rey Carlos XII no jugar durante la guerra.

—Que ha de durar quince años.

—Cómo decís, Reginold, quince años.

—¿Quince años! repitieron todos los demás, que por no ser tan ju-

gadores como Megret ni tan bebedores como Olof, no sentían menos la imprudencia que habían cometido, empeñándose así por juramento á no jugar ni beber. Daban compasión, tanta mas compasión cuanto que en torno suyo cerca y lejos se cruzaban sin cesar estas palabras.

—¡Champaña!

—¡Paso el rey!

—¡Grave, seis botellas!

—¡Al robo!

—¡Saint Perrey!

—¡Sauterne!

—¡Veintiuño!

—¡Cuatro y blanco!

—¡Dóminó!

—¡Madera!

—¡Noventa y nueve puntos!

—¡Vuelvo el rey!

—¡Alicante!

—¡Todo al banquero!

—¡Jerez!

—¡Cien luises al número 6!

—¡Mil para la sota de copas!

Olof lloraba; Megret, á pesar de lo feo que era, estaba casi hermoso de dolor.

—¿Y tengo pena de muerte si juego!

—¿Y tengo pena de muerte si bebo!

—Ay sí, respondieron los otros.

—Y bien, la muerte y cartas, exclamó Megret, grande como un romano.

—Y bien, la muerte y vino, exclamó Olof tan grande como Megret.

El rostro de Reuschild, el de Lieven y el de Herman manifestaban con corta diferencia la misma lucha entre el deseo y el temor.

—Razonemos un poco, dijo hipócritamente Reginold, cuya astucia, ó pormenor decir, la de la condesa salía perfectamente, no hay ningún medio de salir de una situación superior á nuestras fuerzas?

Dos voces dolientes preguntaron:—¿qué medio?

Y otras tres voces suspiraron:—Terrible juramento!

—Ya echaré siempre de menos, dijo Herman, ese palacio de nuestro gracioso soberano en que éramos tratados tan familiarmente, en que era tan dulce el reposo, después de noches tan largas...

—El juego tan vivo... añadió Megret.

—El vino tan viejo, dijo Olof, caído del furor en la melancolía para volver á elevarse hasta el frenesí.

—Quince años sin poner los pies en ese palacio!

—Decididamente, exclamó Megret, he hallado un medio de beber y de jugar sin quebrantar nuestro juramento.

—Vino! vinos! traed vinos de todas clases, exclamó Olof antes de saber cuál era el medio... Ah francés, amable francés, francés amabilísimo!

—Ese medio héle aquí.

—Oigamos.

—Hemos jurado, es cierto, no jugar, no amar, no beber durante la guerra.

—Sí... hé ahí lo que hemos hecho.

—Pero...

—Pero... repitió maquinalmente Olof, unido de alma y corazón á los lábios de Megret.

—Pero no hemos jurado seguir al rey á la guerra.

—Es verdad, repitieron los jóvenes, cuyo corazón se abría á la esperanza.

—Si no acompañásemos á Carlos XII á una campaña que amenaza ser tan larga...

—En ese caso, dijo Olof, que esperaba una conclusión, pero que no esperaba ya los vinos que había pedido con profusión, porque los tenía de sí, como también Megret las cartas y los dados.

—En ese caso, terminó Megret, nuestro juramento sería inútil, pues solo está hecho para el caso de haber guerra.

—Pero dejar al rey... dijo Reginold, eso es grave.

—Es malo, dijo dudoso Reuschild.

—Sin duda, dijo Olof teniendo en una mano una botella y en la otra una copa.

—No se trata de abandonar al rey, dijo Megret, se trata solo de decirle que se le seguirá aunque sea al fin del mundo, si consiente en alzar el interdicto que ha puesto al vino, al juego y al amor.

—Y si no quiere? preguntó Olof con doble inquietud.

—Entonces se beberá agua, agua fría, agua helada si es necesario, dijo Reginold.

—Nunca! exclamó Olof furioso de ver aparecer de nuevo la amenazante idea del agua.

—Tanto vale decir que no se seguirá al rey á la guerra, porque no cederá.

—Y bien, se renuncia... dijo lof á quien Megret habia vertido un baso de vino blanco, sabroso, límpido, perfumado, coronado de mil-lares de perlas de plata.

—Y bien, se renuncia, repitió Megret, bajo cuya mano Reginol ha-bia colocado diestramente un cubilete y los dados.

Olof, Megret y sus perjuros compañeros llevaban ya sus copas á los labios.

—El rey, exclamó una voz que venia de la puerta.

Quinientos ó seiscientos bebedores se levantaron espontáneamente.

El rey Carlos XII entró en la taberna del *Paraiso terrestre*.

(Continuará.)

EN EL JARDIN.

¿Dónde se oculta, donde, árboles bellos
la angelical pastora á quien adoro,
la que tiene negrisimos cabellos
y en la boca de perlas un tesoro?

La de los ojos árabes y ardientes
como del sol la luz; como del río,
las purisimas ondas transparentes,
tristes como el dolor del dolor mio.

¿Sabeis por que no viene, hojas caidas,
que el viento orea, y con rigor se afana,
en llevar por el suelo desprendidas
á la cándida luz de la mañana?...

Los que trinais llorando de ternura
melodiosos y dulces roiseñores,
que habitais en la sombra y la frescura
de los espesos árboles y flores.

Puras corrientes; deliciosa brisa
que el afligido corazon consuelas
con tu ruidosa y plácida sonrisa
que entre las ramas cariñosa vuelas.

¿Sabeis en dónde está la flor que adoro
y en mi locura donde quiera miro,
por la que triste y solitario lloro,
del alma melancólica, suspiro?

¡Bendita luz del cielo que iluminas
la pena roedora que me mata,
¡por qué á mi corazon jay! no avencias
el dulce amor de mi pastora ingrata?

¡Ah! no me escucha: á mi dolor no viene;
por mas que llamo en la inquietud umbria,
por mas que el aire con mis gritos llene
no me responde la pastora mia.

¡Cuánto cariño de mi amor tuviera!...
¡y qué ternuras de mi amante boca!...
por respirar su aliento, el alma diera
triste de pena y de entusiasmo loca.

No puede mas mi corazon doliente...
árboles que escuchais el dolor mio,
sombra apacible, rumurosa fuente,
divinas flores; cristalino río:

Decidle el puro amor con que la quiero,
que su crueldad el alma me arrebató,
sino la veo, de tristeza muero;
y si la miro, su rigor me mata.

G.

EN EL ALBUM

DE UNA DESCONOCIDA.

Nunca por desdicha mia
esas bienhechoras hadas,
que eterno laurel ciñeron
al cisne inmortal de Mántua,
quisieron dar codiciosas
inspiracion á mi alma.

En vano en mi loco anhelo
incienso quemé en sus aras,
fueron á mis ruegos sordas,

á mi adoracion, ingratas.

—Dícenme que hermosa y pura
cual la flor de la esperanza,
vas derramando consuelos
en este valle de lágrimas,
que las mujeres te envidian
y que á los hombres encantas.
¿Cómo pues podrá mi musa,
si voz y aliento le faltan,
rendir un digno tributo
al tesoro de tus gracias?
Tal como en inculto yermo
combatida y solitaria,
vejeta mística y marchitase
la pobre y estéril planta,
sin recibir en sus tallos
ni las sonrisas del alba,
ni el rocío de los cielos,
ni los besos de las auras;
así la vida de un triste
en la soledad se acaba,
sin que esos gratos ensueños
y esas ilusiones gratas,
que son bálsamo que enjuga
en este valle las lágrimas,
vengan para su deleite
á vestirlle con sus galas.

—¡Ay! si es cierto niña hermosa
que eres como la esperanza,
que amor é ilusiones deja
por donde quiera que pasa,
sobre mi pecho afligido
bálsamo de amor derrama,
que entonces lleno de vida,
de vida por tí prestada,
podré remontarme altivo
do el génio cierne sus alas
para rendir un tributo
al tesoro de tus gracias.

FRANCISCO DEL VILLAR.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La muerte nivela las fortunas, y al lado del pobre, descansa en paz el poderoso.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.